



XIII
Congreso Nacional
AETAPI
16, 17 Y 18 DE NOVIEMBRE
SEVILLA 2006

Presentación comunicación

Fecha 17/05/2006

Título completo de la Comunicación/panel/vídeo:	Emociones en el autismo
Tema	Emociones
Resumen del contenido	<p>Si cualquiera de nosotros viéramos a un compañero llorar seguramente nos acercáramos a él con cara compungida, apoyaríamos nuestra mano en su hombro mientras le preguntamos con tono triste qué es lo que le pasa y, tras todo esto, trataríamos de consolarlo y/o poner remedio a su desgracia. Pero ¿qué ocurriría si fuéramos incapaces de reconocer su tristeza?, ¿o si no supiéramos intuitivamente qué es lo que se debe hacer al ver a alguien llorar?, ¿o si realmente su tristeza no nos afectara y no fuéramos conscientes de las convenciones sociales que rigen nuestro mundo?, ¿seríamos capaces de actuar correctamente, de responder cómo todo el mundo espera que lo hagamos?. ¿Y si además al verle llorar me pusiera tan nervioso que me diera por reír o pegarle?, ¿qué pensarían los demás de mí?, ¿que soy un insensible?, ¿un egoísta?, ¿un envidioso?. ¿Y si después de todo esto fuera incapaz de reconocer la cara de rencor de ese compañero? ¿no sería fácil que pudiera ser víctima de bromas y abusos?. ¿Cómo cree usted entonces que podría ser mi vida social?.</p> <p>El autismo y el síndrome de Asperger son trastornos del desarrollo caracterizados por graves alteraciones en la interacción social y en la comunicación, que se acompañan de comportamientos e intereses restrictivos. Las personas con espectro autista manifiestan importantes limitaciones para el contagio emocional, para mostrar empatía y para el reconocimiento, la comprensión y la expresión de emociones, todo lo cual dificulta gravemente su integración en la sociedad y afecta sobremanera a su calidad de vida y a la de sus familias.</p> <p>El objetivo de nuestra comunicación es contribuir a desterrar la errónea idea popular de que la persona con espectro autista es una persona fría, insensible, sin vínculos afectivos y hacer hincapié en el enorme esfuerzo y grandes dificultades que deben superar para tratar de comprender y adaptarse a nuestro complejo mundo emocional.</p>
Autores de la Comunicación/panel/vídeo	Marlene Horna Castiñeiras; M ^a José Buceta Cancela

Información de contacto

Nombre	Marlene Horna Castiñeiras	Provincia	A Coruña
Centro trabajo	Consulta privada	Código postal	15701
Dirección	San Pedro de Mezonzo, 38	Teléfono	620 224 876
Ciudad	Santiago de Compostela	Correo electrónico	marlenehorna@yahoo.es marleneh@usc.es

Tipo de comunicación

Comunicación	<input checked="" type="checkbox"/>	Vídeo	<input type="checkbox"/>	Poster /panel	<input type="checkbox"/>	Otros Señalar cual	<input type="checkbox"/>
--------------	-------------------------------------	-------	--------------------------	---------------	--------------------------	-----------------------	--------------------------

Equipo necesario para la presentación (diapositivas, vídeo, dvd, etc...)	Ordenador y proyector (power point)
--	-------------------------------------

Enviar un formulario diferente para cada comunicación (aunque sean los mismos autores) Por favor, envíe este formulario a la Secretaría del Congreso antes del **15 de Mayo de 2006**.

TÍTULO: Emociones en el autismo.

AUTORES: Marlene Horna Castiñeiras, M^a José Buceta Cancela

DIRECCIÓN: marlenehorna@yahoo.es

TELÉFONO: 620224876

Cada vez somos más los profesionales que reconocemos la vital importancia que los aspectos emocionales tienen para la integración social y, en consecuencia, para la calidad de vida de las personas con espectro autista y discapacidad en general.

El autismo y el síndrome de Asperger son trastornos del desarrollo caracterizados por importantes alteraciones en la interacción social y en la comunicación, que se acompañan de comportamientos e intereses restrictivos. Una de las características más sobresalientes de las personas con espectro autista es su dificultad para el contagio emocional, para mostrar empatía, y para reconocer y comprender las emociones de los demás, independientemente de la capacidad general del individuo.

Los bebés de desarrollo normal desde los primeros días muestran su inclinación natural a establecer relaciones con las personas, a centrar su atención en el rostro humano y en las emociones que éste refleja, expresiones emocionales que reconocerían de manera innata. Los niños pequeños con autismo, sin embargo, no vendrían al mundo equipados con ese bagaje de habilidades y preferencias sociales. En general, muestran escaso interés por las personas (y por lo que éstas hacen) y una clara preferencia hacia los objetos inanimados; la falta de contacto ocular es un claro ejemplo de ello. Kanner ya escribiera en su artículo de 1943: “(Los niños con autismo) nunca miran a la cara de nadie” (p. 247), y es que el escaso interés hacia los rostros es uno de los síntomas primarios del autismo que aparecen en la infancia. Aún en los casos del espectro autista de mayor nivel de funcionamiento cognitivo, suelen existir problemas con el contacto ocular siendo éste deficitario o, en cualquier caso, peculiar. En general se inclinarían más por seguir criterios no emocionales, estarían menos atentos a las respuestas emocionales de los otros y, además, tendrían una menor predisposición a tratar de interpretar las expresiones faciales de los otros para buscar información, comprender situaciones novedosas, ambiguas o formas de actuar raras o confusas de la gente y, en las ocasiones en las que lo hicieran, podrían no utilizar esa información para orientar su conducta. Esta tendencia a no buscar ni encontrar información en los rostros de las personas puede verse perfectamente reflejada en las declaraciones de Temple Grandin, una mujer con autismo y alto nivel de funcionamiento cognitivo, quien aseguró no haberse enterado de que los movimientos de los ojos podían transmitir significados y sentimientos hasta que lo leyó en el libro de Baron-Cohen *Mindblindness*. Temple tenía 47 años (Grandin, 1999a).

No obstante, ese limitado interés que muestran hacia todo lo emocional no conlleva que la personas con autismo carezcan de expresiones de apego hacia personas específicas y, prueba de ello, es que ya la gran mayoría de los niños pequeños con autismo ya manifiestan claros vínculos hacia sus figuras de crianza. En palabras de Ángel Rivière: “Las investigaciones rigurosas han demostrado que el autismo no produce un trastorno específico del vínculo (vid., por ejemplo, Sigman y Mundy, 1989; Shapiro, Sherman, Calamari y Koch, 1987; Rogers, Ozonoff y Malin-Cole, 1991), aunque quizá la naturaleza del apego de las personas autistas sea diferente del de otras (Rogers, 1991), debido a la dificultad de penetración intersubjetiva” (Rivière, 1998, pág. 71). Comprenderemos mejor el escaso contacto ocular de estas personas y su limitado interés por el mundo emocional si somos conocedores de lo complicado que puede resultarles acceder a toda la información que un rostro, un gesto o una vocalización puede transmitir. Empezaremos por describir brevemente la anómala forma que tiene de procesar el rostro humano.

Las caras de las personas muestran una marcada homogeneidad: un mismo conjunto de rasgos (p. e. ojos, nariz, boca) colocados siguiendo una misma configuración básica (p. e. la nariz en el centro debajo de los ojos y justo encima de la boca). Sin embargo, a pesar de estas semejanzas y de que una misma cara puede adoptar más de diez mil expresiones distintas la mayoría de nosotros somos capaces de distinguir entre cientos de caras diferentes. La facilidad con que las personas distinguimos entre diferentes rostros se considera que está basada en una percepción y procesamiento holísticos, es decir, los rostros se percibirían como algo más que la suma de sus partes. Las personas con autismo, sin embargo, utilizarían estrategias predominantemente no holísticas para el examen de los rostros, estrategias perceptivas “no emocionales” de forma similar a las que las personas de desarrollo normal utilizamos para procesar objetos. Esta anómala forma de percibir los rostros conlleva importantes dificultades a la hora de interpretar las emociones, ya que ¿en qué detalles debe uno fijar su atención para conseguirlo?. No existen reglas absolutas (p.e. tus ojos pueden derramar lágrimas de tristeza pero también de felicidad y orgullo, y tu mano puede golpear la mesa por entusiasmo o por rabia) y para mayor dificultad las emociones no son estáticas, se reflejan de manera diferente en las distintas personas y pueden desaparecer o cambiar rápidamente.

Existen además otras diferencias en su peculiar forma de percibir las emociones. Si aisláramos los diferentes componentes del rostro, a las personas de desarrollo normal, nos resultaría más fácil reconocer la expresión emocional a partir de la región de los ojos. Además, la trayectoria que nuestros ojos recorrerían al examinar el rostro sería ordenada y organizada, y seguramente adoptaría la forma de un triángulo que abarcaría los principales rasgos de la cara: ojos, nariz y boca, rasgos en cuyo examen emplearíamos la mayor parte del tiempo. Las personas con espectro autista al tratar de reconocer expresiones a partir de regiones aisladas del rostro, lo harían mejor en base a la boca y muy deficientemente a través de los ojos, las trayectorias que seguirían al examinar los rostros serían mucho más caóticas y desorganizadas, pasarían mucho más tiempo examinando áreas faciales llanas en vez de rasgos concretos (boca, ojos, nariz) y podrían centrar su atención en algún rasgo poco importante como la barbilla o una oreja. Es difícil adivinar la expresión emocional de alguien realizando un examen del rostro semejante. Además, a estas dificultades en el reconocimiento de la expresión facial se sumarían las del reconocimiento de las vocalizaciones y gestos que se corresponderían con cada emoción. Por todo esto, existirían razones de peso para dudar sobre si las personas con autismo muestran una comprensión completa de los sentimientos que el rostro, vocalizaciones y gestos de una persona pueden expresar.

Las personas con espectro autista más afectadas pueden tener dificultades para el reconocimiento de las expresiones emociones más básicas pudiendo llegar a codificarlas como algo físico, y tratando desde ahí adivinar la emoción subyacente. Hilde De Clercq, madre colaboradora de Theo Peeters en Bélgica, cuenta cómo un día su hija se enfadó mucho con su hijo Thomas que tiene autismo y él, con cara de cierto desconcierto, se puso frente a ella y le preguntó: “Liesbeth, todas esas líneas que hay en tu cara ¿para qué son?” (De Clercq, 2003, pág.38). Temple Grandin, narra también cómo la doctora Hermelin le contó una historia sobre una niña autista inteligente de doce años que un día se le acercó y le dijo, de otra estudiante: “Joanie está haciendo un ruido raro” y cuando fue a ver lo que pasaba Hermelin encontró a Joanie llorando amargamente (Sacks, 1995/1997, pág. 329-30). En las más capaces las dificultades son menos severas, no tienen problemas a la hora de reconocer emociones simples y sus dificultades se circunscriben a las emociones más sutiles y complejas. Oliver Sacks hace referencia a una conversación que mantuvo con Temple Grandin a este respecto: “Dijo que podía comprender las emociones ‘simples, fuertes y universales’, pero que le confundían las emociones más complejas y los juegos que practica la gente. Casi siempre, dijo, me siento como un antropólogo en Marte” (Sacks, 1995/1997, pág. 318). Esta limitación unida a las dificultades en la teoría de la mente puede convertirles fácilmente en víctimas de todo tipo de bromas y abusos. Grandin nos da un ejemplo de ello cuando comenta lo mucho que le costó descubrir que un compañero de trabajo estaba sabotando su proyecto: “Fui capaz de

sumar dos y dos, pero era incapaz de ver en su cara la expresión de rencor” (Sacks, 1995/1997, pág. 319).

Por otro lado, esta misma falta de empatía y comprensión de emociones también puede llevarles a cometer comportamientos desajustados. El mismo Asperger describió a estos niños como rencorosos y maliciosos pero, como afirma Frith, al calificarlos de “rencorosos” y “maliciosos” Asperger cayó en el error de no distinguir entre comportamientos deliberadamente maliciosos y comportamientos meramente desagradables o antisociales pero no intencionados, que son los que en realidad suelen mostrar estos niños. Molestar o herir intencionadamente los sentimientos de otro conlleva un grado de desarrollo de teoría de la mente que muchas de las personas con autismo no poseen. Por eso, nos ayudaría a entender estos comportamientos tener presente que las personas con autismo no calculan el efecto que su comportamiento puede causar en la mente de otras personas y, de este modo, una inocente curiosidad puede ser causa de comportamientos hirientes y desadaptados (Frith, 1991). Fritz, por ejemplo, el primer niño descrito por Asperger, sin ser consciente de los sentimientos que subyacían a esa expresión, hacía enfadar a su profesora simplemente porque le divertía ver cómo expresaba su enfado (Asperger, 1944). Otro niño reconocía que le divertía ver la sangre brotar después de un corte con el cuchillo. Por tanto, si un cuidador observa que, aparentemente, el niño con autismo disfruta con el enfado que provoca debe recordar que, sin entender los estados mentales subyacentes, las manifestaciones del agrado y la furia en los otros pueden resultar expresiones igual de fascinantes (Frith, 1991). Las reacciones emocionales inapropiadas, tales como reírse cuando alguien resulta herido, quejarse por no poder continuar viendo la televisión debido a la enfermedad súbita de otra persona, o no ofrecer consuelo, también son muy frecuentes.

La falta de empatía puede hacer que la persona con autismo pueda descargar su frustración agrediendo a otras personas, que no tienen por qué ser las que provocaron tal situación sino cualquier ser vulnerable o que simplemente se encuentre cerca. También las reacciones defensivas ante situaciones que les provocan pánico, su hipersensibilidad hacia algunos estímulos, o el interés obsesivo por algún objeto o tema, unidos a su falta de sentido común, pueden provocar que reaccionen agresivamente transgrediendo normas morales y/o convencionales, y por ello, algunas personas con autismo y, especialmente, con síndrome de Asperger, se han visto implicadas en casos judiciales acusadas por faltas o delitos. Frith subraya la ingenuidad y falta de maldad de estos actos que queda patente en el hecho de que cuando son arrestados no tratan de ocultar su delito o excusarse, es más, pueden llegar a describir detalladamente y sin ningún tipo de tapujos sus acciones. Comenta que los oficiales de policía y magistrados suelen percibir la total falta de conciencia de sus actos que manifiestan estas personas. No obstante, individuos con síndrome de Asperger, especialmente bien adaptados que muestran un comportamiento aparentemente normal, no son comprendidos y son declarados culpables sin tener en cuenta su discapacidad (Frith, 1991).

Lejos de ser delincuentes y a pesar de la gravedad de algunos de sus actos, cuando conocen las normas y leyes suelen mostrarse extremadamente preocupados por su cumplimiento aunque, como dice Frith, no se pueden hacer generalizaciones tajantes en relación al autismo y los comportamientos antisociales, ya que existe un rango de actuaciones que abarca desde la violencia hasta la “santidad” (Frith, 1991).

Hasta ahora no hemos centrado en cómo las personas con espectro autista perciben y comprenden las emociones de los demás pero ¿y qué pasa con sus propias emociones?

Contrariamente a la errónea idea popular, las personas con autismo definitivamente sí tienen emociones, ríen, lloran, se enfadan y sufren igual que todos nosotros. Todos los que nos relacionamos con ellos hemos sido testigos de tremendas rabietas y enormes carcajadas

que, sin duda, reflejan su capacidad para sentir y expresar emociones. No obstante, sí es cierto que presentan claras anomalías cualitativas y cuantitativas en el repertorio de la expresión de emociones (tanto deliberadas como espontáneas). En ocasiones, lo hacen de una manera extraña e idiosincrásica que resulta difícil de interpretar para los demás. Tony Attwood señala, por ejemplo, que una característica confusa del Síndrome de Asperger es que, a veces, el niño puede expresar su malestar mediante risitas pudiendo provocar mayor enfado en la persona que pudiere estar reprendiéndole, pero advierte que esto no se debe a que la persona posea un sentido del humor pervertido sino que es consecuencia de un sistema expresivo carente de sutileza y precisión. Otras veces también pueden mostrar una risa inapropiada al escuchar una determinada palabra o frase debido a la frecuente fascinación de tienen por los significados o los sonidos de las palabras (Attwood, 1998).

Además de mostrar emociones inapropiadas, sus expresiones pueden ser más extremas, tiene importantes dificultades para mostrar las expresiones más sutiles y suelen manifestar con mayor frecuencia emociones negativas que positivas y, éstas últimas, con menor frecuencia se producen en combinación con sonrisas o mirando a otro para compartir la emoción dentro de un contexto social. Y en este mismo sentido, la impresión de que los niños con autismo son poco expresivos puede ser consecuencia, no tanto de su falta de respuesta emocional, sino de su infrecuente referencia social a la hora de compartir afecto y atención. Además, como Marian Sigman y Lisa Capps advierten, la ausencia de respuesta observable no significa necesariamente que uno no sienta nada, y dada la limitada atención que los niños con autismo muestran a las respuestas emocionales de los demás, es menos probable que hayan aprendido lo que estas señales significan o, en todo caso, a demostrar empatía aunque sintieran bien poco, manifestaciones que tienen una enorme importancia social (Sigman y Capps, 1997/1999, pág. 80).

Es frecuente que muchos niños pequeños con autismo, a pesar de su buena capacidad cognitiva, no sean conscientes de su trastorno: “No podía imaginar qué estaba haciendo mal. Tenía una rara falta de conciencia de ser distinta. Nunca llegué a entender por qué no encajaba” (Temple Grandin en Sacks, 1995/1997, pág. 332). Pero en la adolescencia (o antes) muchos autistas inteligentes toman conciencia de la necesidad de seguir los códigos de conducta de la sociedad y tratarán de cumplirlos, a pesar del enorme esfuerzo que para ellos esto supondrá. Esta presión que les lleva a la uniformidad y al autocontrol, en ocasiones, les puede provocar una enorme tensión emocional que se desatará cuando el niño se encuentre en un ambiente más familiar (Attwood, 1988). No obstante, y a pesar de sus enormes esfuerzos por entender y adaptarse a nuestro complejo mundo social, suelen ser conscientes de su diferencia y del frecuente rechazo social que sufren y esto, unido a su soledad y a la atribución del fracaso en las relaciones sociales a variables internas relacionadas con su personalidad, hacen que muchos jóvenes desarrollen estados depresivos y/o de ansiedad crónicos. Asimismo, los continuos comentarios despectivos que escuchan acerca de su personalidad y habilidades sociales pueden provocar además que lleguen a desconfiar de los demás de tal manera que pudiera parecer que padezcan paranoia y es común que en situaciones de estrés intenso experimenten ideas de referencia severa (Attwood, 1988).

En todo el espectro autista existen limitaciones para el reconocimiento de los propios estados emocionales, para explicar qué les ha llevado a sentirse así y para establecer vínculos entre sus estados emocionales y la situación o contexto social en el que la emoción se expresa. Esto hace que las personas allegadas debamos estar alerta ante comportamientos que puedan estar reflejando malestar emocional ya que muchas de estas personas, y especialmente los niños, pueden no ser capaces de reconocer su estado ni tampoco de pedir ayuda.

El diagnóstico acertado es la pieza clave para ayudar a estas personas a comprender muchas de las razones de sus problemas sociales y de las cosas que les suceden. Clare Sainsbury, una mujer británica con síndrome de Asperger, comentaba en su libro

autobiográfico *Un marciano en el patio de recreo* la importancia que para su vida tuvo recibir el diagnóstico: “Obtener el diagnóstico correcto ha sido una de las cosas mejores que me han ocurrido. Cuando alcancé el período de la adolescencia, me encontraba gravemente deprimida como consecuencia de sentirme diferente y no saber la razón, y por haber pensado que, si nadie había sido capaz de dar un nombre a mi problema, yo debía haberlo imaginado, o no haberme esforzado lo suficiente (...)” (Sainsbury, 2000). Y también los familiares y las personas próximas se verán beneficiadas por el conocimiento del diagnóstico ya que éste les brindará la oportunidad de construir una imagen del mundo interior de la persona afectada que, sin duda, les ayudará a comprender e interpretar correctamente el comportamiento excéntrico y, en ocasiones, desadaptado y egoísta de la persona espectro autista. A partir de aquí, el trabajo básicamente consistirá en aprender intelectualmente lo que la mayoría de las personas conocemos intuitivamente. Para Temple Grandin, como para Asperger, la adaptación social debe proceder por vía del intelecto. Ella afirma que toma sus decisiones sociales siguiendo un razonamiento lógico, calculando las intenciones y estados de ánimo de los demás. Asegura que en su cabeza tiene almacenado un gran banco de datos, una “videoteca de experiencias” sobre las reacciones de la gente ante ciertas situaciones. Para resolver muchas de las situaciones sociales que se le presentan Temple echa mano de esta videoteca y, a partir de toda la información disponible, toma una decisión lógica sobre cómo actuar (aunque según ella, a veces, sus decisiones son equivocadas porque están basadas en datos insuficientes): “He cambiado complejidad emocional por complejidad intelectual” (Grandin, 1999b). Baron-Cohen lo explica así: “Ellos tratan de sistematizar el comportamiento social cuando la aproximación natural a la socialización debería hacerse a través de la empatía” (Baron-Cohen, 2002, pág. 253). A pesar de todo, el aprendizaje del complejo mundo emocional es difícil y Pilar Martín señala que aunque la adquisición de respuestas empáticas en el niño no es un campo bien investigado (al menos en el síndrome de Asperger) en su larga experiencia clínica nunca han logrado equipar al niño con las habilidades necesarias para mostrar respuestas genuinas de empatía de forma espontánea (Martín, 2002, pág 198).

Las personas con autismo definitivamente sí tiene emociones aunque tal vez sus emociones sean más inmaduras y estén sujetas a experiencias ligeramente diferentes a las nuestras. En palabras de Oliver Sacks: “En el autismo, no es el afecto en general lo defectuoso, sino el afecto en relación con experiencias humanas complejas, predominantemente las sociales, pero también las que tienen que ver con éstas: estéticas, poéticas, simbólicas” (Sacks, 1995/1997, pág. 351). Es necesario recordar, además, que como en todas las características del autismo, las limitaciones en la capacidad de mostrar empatía y para el reconocimiento, la comprensión y la expresión de emociones, no es un proceso de “todo o nada” sino que existen importantes diferencias interindividuales con respecto a la manifestación del déficit.

BIBLIOGRAFÍA

- ASPERGER, H. (1944). Die “Autistischen Psychopathen”, en *Kindesalter. Archiv für Psychiatrie und Nervenkrankheiten*, 117, 76-136. (Trad. ingl. *Autistic psychopathy in childhood*. En U. Frith (Ed.) *Autism and Asperger Syndrome* (págs 1-36). Cambridge, UK: Cambridge University Press, 1991.
- ATTWOD, T. (1998) *Asperger’s Syndrome*. London: Jessica Kingsley Publishers. (Trad. Cast. *El síndrome de Asperger*. Barcelona: Ed Paidós, 2002).
- BARON-COHEN, S. (2002). The extreme male brain theory of autism. *Trends in Cognitive Sciences*, 6, 248-254.

- DE CLERCQ, H. (2003). *Mum, is that a human being or an animal?*. Bristol, UK: Lucky Duck Publishing Ltd.
- FRITH, U. (1991). Asperger and his syndrome. En U. Frith (Ed.) *Autism and Asperger Syndrome* (págs. 1-36). Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- GRANDIN, T. (1999a). Social problems: Understanding emotions and developing talents. Center for the Study of Autism. En la página web de Temple Grandin: <http://www.grandin.com/>
- GRANDIN, T. (1999b). ¿El genio puede ser una anomalía?. Traducido por María Dolores Asensi Torregrosa. En la página web de Temple Grandin: <http://www.grandin.com>
- HORNA, M. (2005). *El autismo y las emociones*. Tesis de licenciatura no publicada. Santiago de Compostela.
- KANNER, L. (1943). Autistic disturbances of affective contact. *Nervous Child*, 2, 217-250. (Trad. cast. de T. Sanz Vicario, Siglo Cero, 149).
- MARTÍN, P. (2004). *El síndrome de Asperger. ¿Excentricidad o discapacidad social?*. Madrid: Alianza Editorial.
- RIVIÉRE, A. (1998). Tratamiento y definición del espectro autista (I): Relaciones sociales y comunicación. En A. Rivière y J. Martos (Eds.). *El tratamiento del autismo. Nuevas Perspectivas*. Madrid: IMSERSO-APNA.
- SACKS, O. (1995). *An Anthropologist on Mars*. Nueva York. (Trad. cast. Un antropólogo en Marte (págs. 301-360). Barcelona: Editorial Anagrama, 1997).
- SAINSBURY, C. (2000). *Martian in the Playground: Understanding the Schoolchild with Asperger's Syndrome*. Bristol, UK: Lucky Duck Publishing.
- SIGMAN, M. y CAPPS, L. (1997). *Children with Autism. A Development Perspective*. EE.UU.: Harvard University Press (Trad. cast. *Niños y niñas autistas. Una perspectiva evolutiva*. Madrid: Ediciones Morata, 1999).